

Notas COES de política pública

Nº 7 / Agosto 2017

ISSN: 0719-8795



Centro de Estudios de Conflicto y Cohesión Social

**Desigualdades de género:
el conflicto en las
relaciones de intimidad**

Desigualdades de género: el conflicto en las relaciones de intimidad

*Autores:
Dariela Sharim
Andrea Rihm*

Durante las últimas décadas Chile ha experimentado aceleradas transformaciones culturales, marcadas por la individualización de la sociedad y el declive de las instituciones y los discursos colectivos. Estas transformaciones han impactado fuertemente en las biografías individuales, especialmente en dimensiones como el trabajo, la familia y las relaciones de pareja e intimidad (Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo [PNUD] 2002, 2015; Yopo, 2013). Este impacto se entiende a partir de los procesos de individualización social y del declive del peso normativo de las instituciones, que se ha traducido en la apertura de múltiples posibilidades de ser y en la coexistencia de una pluralidad de referentes de todo orden. Esto ha permitido, entre otras cosas, cuestionar temas que anteriormente parecían indiscutibles (PNUD, 2015), así como también afirmar y defender la autonomía en contra de estructuras y valores autoritarios, y expandir las expectativas de igualdad (Araujo, 2015; Güell, Peters y Morales, 2012).

El género es precisamente una de las dimensiones en que las expectativas de igualdad ha cobrado particular fuerza. Las diferencias asociadas a jerarquías de género, previamente asumidas sin cuestionamientos y comprendidas como inherentes a la naturaleza del sexo, hoy son conceptualizadas como desigualdades (PNUD, 2017). En los últimos 40 años, las concepciones se han ido abriendo, examinando, deconstruyendo y flexibilizando (Harris, 2005; Sharim, 2005) de modo tal que ya no es posible adoptar una visión esencialista del género ni desconocer el impacto de las condiciones culturales

en su producción; condiciones que durante largo tiempo sostuvieron una construcción del género como una oposición binaria y jerárquica entre lo femenino y lo masculino (Butler, 2007).

Así, en la actualidad, el género se ha transformado en un terreno en disputa, abierto a nuevas formulaciones y definiciones, que entran en conflicto con los referentes previos que aún existen y que sostienen concepciones más tradicionalistas y machistas (Benavente y Vergara, 2006; PNUD, 2010). En este contexto, no es evidente qué significa ser hombre y mujer. El ingreso de las mujeres al mundo laboral –especialmente de mujeres en pareja y con hijos– ha contribuido a desestabilizar la distribución clásica de roles y responsabilidades de género, al mismo tiempo que han ganado preeminencia discursos e ideales de igualdad, de no discriminación, autonomía y realización personal. De esta forma, los discursos de la democratización han permeado también la esfera de las relaciones de género (Araujo, 2005; PNUD 2010)

De hecho, los estudios en Chile muestran una disminución de las desigualdades asociadas al género y una progresiva legitimación de la igualdad de género como objetivo a abordar por políticas públicas. El Informe de Desarrollo Humano publicado en 2010 mostró que el 54% de las mujeres y el 40% de los hombres encuestados considera que es muy importante que Chile concentre sus esfuerzos en esta línea, mientras que el 68% de los encuestados considera que aún no se alcanza la igualdad.

TABLA 1. DIFERENCIAS POR GÉNERO EN DISTRIBUCIÓN DEL TIEMPO DURANTE DÍAS LABORALES

| TIPO DE TRABAJO | | HOMBRES | | MUJERES | |
|--|---|--|-----------------------------------|--|-----------------------------------|
| | | Tasa de participación en día laboral (%) | Horas dedicadas en un día laboral | Tasa de participación en día laboral (%) | Horas dedicadas en un día laboral |
| Remunerado (incluye tiempos de traslado) | | 83,7 | 9,84 | 76,5 | 8,74 |
| No remunerado | Cuidados a otros en el hogar | 36,2 | 1,79 | 48,9 | 3,27 |
| | Doméstico en el hogar | 82,2 | 1,91 | 92,8 | 3,99 |
| | En otros hogares, voluntariado y la comunidad | 7 | 2,5 | 11,2 | 4,41 |

Fuente: Elaboración propia a partir del Documento de Principales Resultados ENUT 2015

Sin embargo, junto con estos avances, se observa la persistencia de representaciones culturales tradicionales de género y de prácticas que reproducen y sostienen formas de desigualdad social, tanto a nivel concreto como simbólico. Esto muestra que los cambios no se instalan de forma lineal y completa, sino fragmentaria y parcial, y que en el proceso de avance aparecen también “núcleos duros” que oponen resistencia y son de difícil abordaje (PNUD, 2010). Así, por ejemplo, los recientes informes sobre Desigualdad (PNUD, 2017) del Proyecto Género, Educación y Trabajo [GET] (Comunidad Mujer, 2016) y la Encuesta Nacional sobre Uso de Tiempo [ENUT] (INE, 2016) aportan evidencia clara respecto a la persistencia de desigualdades detectadas hace ya 15 años (SERNAM, 2002) y que entorpecen el logro del desarrollo humano.

La encuesta PNUD-DES mostró que un 41% de la población encuestada declaró haber sufrido discriminación. Entre las razones aducidas para explicar los malos tratos, “ser mujer” fue la segunda más frecuente (41%), superada solo por la clase social (43%). Por el contrario, “ser hombre” fue la atribución menos frecuente entre los(as) participantes para explicar experiencias de discriminación, alcanzando solo un 9%.

La ENUT, por su parte, mostró que hombres y mujeres –mayores de 15 años– difieren significativamente en términos de la distribución de su tiempo. Si bien ambos muestran una alta participación en el mercado laboral, durante los días de semana las mujeres –en cada tramo

de edad– y sin importar su vinculación con el mercado laboral, destinan más tiempo a actividades de trabajo no remunerado que los hombres en la misma condición de actividad económica. Estas diferencias se mantienen durante los fines de semana y se traducen en que la carga global de trabajo, es decir, la carga que combina las horas destinadas al trabajo en la ocupación remunerada y las horas destinadas al trabajo no remunerado, sea mayor para las mujeres.

El tipo de trabajo en el que participan hombres y mujeres y la cantidad de horas que le dedican a cada trabajo (Tabla 1), permite evidenciar tanto las transformaciones como las persistencias de los patrones de género tradicionales. Esto, pues si bien hombres y mujeres participan en los mismos tipos de trabajo, los hombres siguen destinando más tiempo al trabajo remunerado fuera del hogar, mientras que las mujeres siguen destinando más tiempo a las labores domésticas y de cuidado de otros, dentro y fuera del hogar.

Así también, los resultados del proyecto GET (Comunidad Mujer, 2016) evidenciaron que, pese a la creciente participación femenina en el mercado laboral, se observa una “aguda segregación ocupacional –horizontal y vertical, es decir, a nivel de rama de actividad y de jerarquía al interior de las organizaciones–, a la vez que persisten importantes desigualdades salariales entre las personas de diferente sexo” (p.15). De hecho, las mujeres sistemáticamente tendrían una probabilidad mayor que

los hombres de recibir un salario bajo por su trabajo, en todos los niveles educacionales (PNUD, 2017). Estas desigualdades se incrementarían en el transcurso de la vida y serían particularmente dolorosas en la vejez, momento en que la desigualdad salarial y la mayor cantidad de tiempo destinado al trabajo no remunerado incidiría en que las mujeres mayores se encontraran en una situación de mayor vulnerabilidad y dependencia económica (Comunidad Mujer, 2016).

Todos estos antecedentes permiten relevar el momento particular que se vive actualmente respecto a las relaciones de género, en el que discursos y expectativas de igualdad coexisten con prácticas tradicionales.

En este escenario, la investigación desde un enfoque biográfico ofrece una perspectiva que contribuye a comprender las transformaciones culturales en curso de un modo que da cuenta de su riqueza y complejidad. El enfoque biográfico propone la utilización de narrativas individuales como vía de acceso a experiencias y significados que se construyen en escenarios culturalmente compartidos, articulando así perspectivas subjetivas y singulares con perspectivas socio históricas. De este modo, el enfoque biográfico –desde una lógica ideográfica– considera que la exploración en profundidad de la experiencia subjetiva ofrece un camino para entender realidades sociales más amplias (Bertaux, 1999; Sharim, 2001; Valsiner, 2009), especialmente en un contexto cultural como el actual, marcado por la individualización so-

cial, en que “los cambios sociales son más visibles desde las biografías personales que desde las ‘sociografías’ de grupos o las clases sociales” (Martuccelli, 2010, p.18). Así, comprender las desigualdades de género supone establecer diálogos entre el marco de referencia social y las tensiones vividas en los espacios de intimidad, que encarnan lo social de un modo singular (Sharim, 2005).

Las relaciones de pareja aparecen como un espacio privilegiado para aproximarse al estudio de las relaciones de género en la medida que se ha establecido que en Chile existe un fuerte mandato estatutario a estar en pareja que, paradójicamente, coexiste con las tasas más altas de soltería de países de la OCDE (Araujo y Martuccelli, 2012). Asimismo, se ha planteado que ante el declive de los discursos sociales y colectivos como fuente de sentido, las personas han empezado a buscar en la vida privada y en las relaciones de pareja la seguridad que la pertenencia a instituciones difícilmente les puede aportar. Esto se traduciría en que la expectativa de reconocimiento se concentre progresivamente en los vínculos de intimidad (Gerson, 2007; Guevara, 2007; PNUD, 2002, 2012).

Fue así como surgió el interés por estudiar cuál es el lugar del otro –en las relaciones de pareja– en tiempos de individualización social y de transformaciones de género, profundizando en las evidencias aportadas por distintas investigaciones nacionales (Araujo, 2005; Araujo y Martuccelli, 2012; Benavente y Vergara, 2006; Sharim, 2005; Sharim, Silva, Rodó y Rivera, 1996; Sharim, Araya, Car-

TABLA 2. CARACTERIZACIÓN PARTICIPANTES

| | HOMBRES | | MUJERES | | TOTALES |
|------------------------|-----------------------|-----------------------|-----------------------|-----------------------|------------|
| | Hombres 18-25 años | Hombres 38-45 años | Mujeres 18-25 años | Mujeres 38-45 años | |
| <i>Relatos de Vida</i> | 8 | 7 | 8 | 7 | 30 |
| <i>Grupos Focales</i> | 23 | 25 | 24 | 25 | 98 |
| Total | 32 | 32 | 32 | 32 | 128 |

mona y Riquelme, 2011; Besoain, Sharim, Carmona, Bravo y Barrientos, 2017) que durante los últimos 20 años han ido rastreando continuidades y cambios en relación a la construcción de la subjetividad en su dimensión de género y las relaciones de pareja en Chile.

Para alcanzar el objetivo, se realizó un estudio cualitativo en la ciudad de Santiago en que participaron 128 sujetos, 64 hombres y 64 mujeres (Tabla 2). El estudio implicó realizar relatos de vida y grupos focales, orientados a conocer los significados que atribuyen las personas a las relaciones de pareja e intimidad: sus experiencias, anhelos, tensiones y conflictos.

Este documento –que presenta parte de los resultados de tal estudio– espera contribuir al debate sobre las políticas públicas referentes al género visibilizando las perspectivas de hombres y mujeres quienes, a través de sus experiencias dan cuenta de los anhelos, tensiones y complejidades en relación a la condición de género y cómo éstas impactan en las relaciones de pareja; así como también de las tácticas que desarrollan para lidiar con dichas tensiones. El análisis de los relatos de los(as) participantes nos previene respecto al riesgo de adoptar perspectivas polarizadas y nos instan a hacer el esfuerzo de desarrollar perspectivas en que la complejidad tenga cabida.

Los resultados mostraron que, incluso antes del malestar en relación con la desigualdad, aparecen cuestionamientos importantes respecto a qué significa ser hom-

bre y ser mujer en una relación de pareja con un otro diferente, en un tiempo en que los referentes tradicionales están en crisis. Así, los resultados se presentarán en base a los temas que surgen desde el análisis de los relatos de los participantes y que van desde lo más general a lo más específico respecto a las desigualdades y el conflicto. Se incorporan una serie de viñetas representativas de cada tema, puesto que –al igual que como observaron Araujo y Martucelli (2012)– al hablar sobre las relaciones de pareja las personas tendieron a hacerlo desde un lugar fuertemente identificados con su posición de hombres o mujeres. Esta particularidad aporta pistas respecto a la importancia que ocupan los temas de pareja y género en las vidas; a que lo femenino y lo masculino parecen conservar su importancia, incluso en tiempos de cuestionamientos como el actual (Sharim, 2005), y respecto al desafío que implica sostener la tensión entre lo cultural y lo individual. Así, el sentido de incluir viñetas busca transmitir parte de la experiencia de escucha de los(as) participantes caracterizada –en ocasiones– por la ambivalencia y la oscilación entre posiciones contrapuestas.

1. ¿QUÉ SIGNIFICA SER HOMBRE Y SER MUJER EN UNA RELACIÓN DE PAREJA ACTUALMENTE? DIFERENCIAS DE GÉNERO EN RELACIÓN CON LAS TRANSFORMACIONES CULTURALES

La pregunta respecto a qué significa ser hombre y ser mujer hoy, en una relación de pareja no encuentra una respuesta simple en las experiencias de los participan-

tes. Más que certezas, aparecen dudas y temores, en un contexto en que los referentes del pasado resultan menos ordenadores de la vida, pero tampoco se han instalado modelos alternativos que cumplan una función similar. Los participantes expresaron sentirse a la deriva, sin saber qué lugar ocupar.

Existe temor a ser como los hombres y las mujeres “del pasado”. Acechados por los fantasmas del maltrato y la sumisión, los participantes se rebelan contra las nociones tradicionales de relaciones de género –que perciben como rígidas, restrictivas y violentas– pero, al hacerlo, enfrentan el desafío de tener que crear sus propias estrategias, lo que supone una responsabilidad importante.

Esta experiencia de falta de referentes estuvo marcada por diferencias generacionales. Los(as) jóvenes la viven como una realidad que no les ha tocado tan directamente, sino que conocen más bien a través de las experiencias de generaciones anteriores y de las marcas que han dejado en ellas. Por el contrario, los(as) participantes adultos expresaron que la apertura los ha sorprendido, en tanto representa un cambio del que han sido testigos durante sus vidas y que se ha traducido en cambios identitarios importantes.

Tal como se reportó anteriormente, (Besoain y cols., 2017) los(as) participantes dieron cuenta de la expectativa de relaciones de pareja en que sea posible lograr el reconocimiento mutuo. Así, tendieron a adoptar pos-

turas críticas respecto a las generaciones anteriores, en que –de acuerdo con su perspectiva– las relaciones de pareja respondían más al pragmatismo que al amor:

Me negué toda la vida a copiar nada de lo que ella hacía, de lo que no hacía, de lo que yo no veía que ella hacía. Yo decía: “Yo, yo si me caso algún día, yo no quiero vivir así como viven ellos, ellos son como, como dos personas desconocidas, como dos desconocidos” [...] Yo nunca sentí que mi papá hablara con orgullo de mi mamá [...] todo era como un reclamo, pequeño, pero reclamo. (Mujer, GF4, NSE Medio).

...Y él [abuelo] me marcó. Él me marcó harto... Se casó 4 veces. [...] La cuestión es que se casaron. Pero sin amor. Absolutamente funcional, para el cuidado de los niños... ¿Cachai? Y mi abuelo por fuera siempre con otras mujeres [...] Yo tengo una ética contemporánea entonces, entro en conflicto. Claro, él, en su ética, estaba perfecto. Pero claro, yo creo que ahí hay un rollo. (Hombre, Relato de Vida, NSE Alto).

Así, el conflicto en los(as) participantes surge en la medida que su proceso de definición y redefinición personal y de género se enmarca en un contexto que también está en plena transformación. En este sentido, no se encuentran posiciones absolutas ni unívocas respecto a la significación de las transformaciones culturales en curso. No obstante, es posible observar tendencias asociadas a diferencias de género en las posiciones de los(as) participantes.

En el caso de las mujeres, la apertura es vivida –mayormente– como una ganancia en términos de posibilidades, aunque también como una pérdida en términos de añorar la experiencia afectiva ligada al romanticismo, la protección y la compañía. Esto, porque junto con experimentar cambios en las representaciones de sí mismas, observan –con cierto desencanto– las transformaciones de los hombres.

¡Es un animal en extinción el hombre! ¡Es un concepto que, que... está pasado de moda! [...] la mujer es la que lucha.... por eso una relación te puede durar 25 años, 50... ¡es porque la mujer ha tirado la relación arriba! (Mujer, GF10, NSE Bajo).

Cuando me fui a vivir en pareja, yo siempre decía: "a mí me cambió la vida, él se cambió de casa" ese fue como el análisis que hice... ¿Cachai? Entonces yo sentía que yo llevaba la relación, que yo tenía que solucionarlo emocionalmente, económicamente y que siempre era yo la que lo estaba molestando. (Mujer, GF4, NSE Medio).

Así, los relatos muestran que el empoderamiento femenino ha llegado acompañado de cansancio. Sienten que el peso de las relaciones de pareja recae directamente sobre sus hombros en la medida que la posición masculina parece haberse diluido. La pareja se transforma en un trabajo, especialmente en lo que refiere a la detección de problemas y resolución de conflictos. Paradojalmente, esto se vuelve un conflicto al interior de las parejas.

Los hombres, por su parte, coinciden con las mujeres en dar cuenta del impacto que el cambio cultural respecto al género ha tenido en sus propias vidas. Por una parte, valoran positivamente el mayor sentido de independencia, de menor atadura de las relaciones de pareja actuales:

Cuando estamos con mi pareja, yo le digo "¿Cachai que si tú te vai..., yo sigo mi vida?", y me dice: "¿Por qué?". "Porque yo sigo haciendo todo, no dependo de ti, no de-

pendo de mis hijos, no dependo de nadie, yo siempre he sido independiente, tengo mi espacio y me gusta ser independiente. (Hombre, GF14, NSE Bajo).

Sin embargo, simultáneamente, dan cuenta de una perspectiva teñida por un dejo más nostálgico que el de las mujeres. Esto, pues los espacios conquistados socialmente por las mujeres provocan en ellos una cierta inseguridad. Así, sienten que su posición se ha fragilizado en la medida que las mujeres los necesitan menos para poder desarrollar sus propios proyectos personales y que los referentes tradicionales de género e institucionales no tienen la fuerza suficiente para sostener las relaciones. En este contexto, el rol de lo masculino aparece dibujado con menor claridad.

Lo que pasa es que ahora las mujeres son profesionales y son liberadas, o sea antes teniai' que... si te manteniai' tan bien en un matrimonio es porque estabai'... ¿Qué hacís si te separai'? "No tengo plata, él me mantiene". En cambio una mujer ahora es profesional y dice: "Si no me gustai', chao". Y cambian [...]. El hombre igual siente, de alguna forma, esa presión de ver a una mujer que también es exitosa, que también tiene plata, que también tiene, no sé, tiene expectativas, que antes no era así. (Hombre, GF1, NSE Medio).

En síntesis, los resultados mostraron que, aunque hombres y mujeres tienden a adoptar posiciones críticas respecto a los referentes de género del pasado, también tienden a posicionarse con cierta ambivalencia respecto a las transformaciones culturales. Esto, pues la mayor apertura a la autodefinición y los espacios de autonomía han implicado al mismo tiempo la pérdida de seguridad.

Las mujeres, aunque valorando fuertemente los espacios de autonomía ganados, resienten la pérdida de lo que Araujo y Martucelli (2012) han denominado el ideal de la protección, asociado al rol masculino, y se declaran

cansadas de sobrellevar la carga solas. Así, un número significativo de mujeres se encuentra en una posición paradójica: tienen miedo a someterse y a perder la autonomía conquistada, pero quisieran una pareja que las apoyara y acompañara. En este escenario, oscilan entre posiciones que denotan frustración y desencanto. El reconocimiento de un lugar de los hombres y la desvalorización de ellos es también oscilante.

Los hombres, por su parte –en su mayoría– valoran la autonomía, pero acusan la sensación de inseguridad al darse cuenta que su autonomía ahora es compartida con las mujeres y que por lo tanto estas encarnan en menor medida el ideal de una figura estabilizadora y contenedora.

Las paradojas y ambivalencias que se instalan en la relación de los(as) participantes con los referentes del pasado tienen un impacto en la experiencia subjetiva del género en el presente. Esto incide en la dificultad que mostraron los hombres y mujeres del estudio para posicionarse como miembros de una pareja. El temor a repetir las desigualdades del pasado, dificulta que puedan abrirse al encuentro con el otro desde las diferencias, debido a que la diferencia –en el pasado– aparecía ligada a lógicas de dominación/subordinación. Así, sus relatos dan cuenta del surgimiento de nuevos malestares. Si en el pasado, éstos se relacionaban con la experiencia de restricción y control, actualmente referirían al malestar del exceso, de la apertura que llama a definiciones individuales continuas y que supone esfuerzo, responsabilidad y cansancio. Así, las experiencias y relatos de los participantes parecen hacer eco con la afirmación de Maffesoli (2004) respecto a que en la era actual “al mismo tiempo que el bienestar tiende a generalizarse en todas sus formas, la dificultad de vivir no es menos real” (p. 19) y llevan a cuestionar si es posible pensar en referentes que puedan ordenar y regular desde un lugar distinto al control.

2. LAS TEXTURAS DE LA DESIGUALDAD

Los(as) participantes dan cuenta de la forma en que las transformaciones culturales –tendientes a la igualdad– y el declive de la importancia de los referentes tradicionales de género han impactado en sus relaciones de pareja. Pero también visibilizan formas de desigualdad antiguas y nuevas, de orden concreto y simbólico que también permean sus relaciones. El tiempo –en sus distintas dimensiones– es uno de los ámbitos en que se expresa la desigualdad.

Mi marido cree que uno es la Telepizza, porque a veces se le queda el teléfono, o la factura, o la carpeta, y te llama y tú podís' estar en cualquier parte y tienes que estar en la casa..., no yo lo mando a la chucha rápidamente, pero él, en su mente él no aprendió y no lo va a aprender porque la gente de 44 años ya no aprende cosas nuevas de ese tipo, costumbrista, él todavía no entiende eso, y él encuentra que uno tiene que ir a dejarle el pasaporte ¿Me entiendes? A donde esté... no sé por qué culturalmente en Chile los hombres tienen la impresión que las mujeres son un poco son sus..., no sé..., ayudantes por decirlo de alguna forma, es raro. (Mujer, Relato de Vida, NSE Alto).

Situaciones como la descrita en la viñeta, muestran en qué medida los referentes de género tradicionales siguen definiendo no solo las prácticas, sino también las expectativas de relación a partir del género, y cómo la desigualdad de éstas implican una fuente de conflicto en el ámbito de las relaciones de pareja. La valorización desigual del tiempo de hombres y mujeres hace aparecer de forma concreta la diferencia que sigue existiendo, aún en el contexto de discursos sociales que promueven activamente la búsqueda de la igualdad.

Las mujeres, teniendo la expectativa de relaciones de género –y de pareja– más igualitarias, se rebelan ante demandas que consideran anacrónicas; pero el malestar se instala de todas formas. Aparece el anhelo de

una relación de pareja diferente, que surja desde de un espacio de reconocimiento recíproco –como sujetos semejantes, al modo en que lo plantea Jessica Benjamín (1988; 1996)–, más que desde un espacio marcado por desigualdades y jerarquías en que ellas queden en posición de “ayudantes”, instrumentalizadas y disponibles para satisfacer las necesidades de otros. Axel Honneth (1997) ha propuesto comprender el amor como una relación de reconocimiento que permite el surgimiento de la individuación y la autonomía, sostenidas en la confianza de la dedicación afectiva de otros.

En los relatos de los(as) participantes, la equidad en la entrega de tiempo es considerada indicador clave de amor y de reconocimiento subjetivo. La paridad en la entrega aparece como un ideal, que da cuenta del respeto a la autonomía del otro.

Es que pa' mí supongamos los acuerdos son como fundamentales o sea que... nos programamos bien en los horarios, por lo menos los fin de semana y tratar de que obviamente los dos estemos a la par... o sea que tratar de que los dos vamos al mismo horario [...] Entonces, no, yo obviamente trato de llegar siempre a un acuerdo, que los dos estemos a la par con los horarios y obviamente no, no pasar a llevar los horarios de ella, ni ella en los míos. (Hombre joven, Relato de Vida, NSE Medio).

Otro indicador clave del amor y reconocimiento –para las mujeres– es la expresión y elaboración de los afectos a través de la palabra. Sistemáticamente, las mujeres dijeron esperar que sus parejas les demostraran amor hablando con ellas acerca de la relación. Sin embargo –a diferencia de lo que ocurre con la evaluación del significado del tiempo– en este caso los hombres dan cuenta de una perspectiva diferente, tendiendo a percibir que la elaboración emocional es un terreno desigual, en que las mujeres tienen mayor dominio y, por lo tanto, en el que resulta riesgoso entrar porque se sienten en desventaja. La palabra se instala así como un

espacio conflictivo y cansador para un grupo importante de hombres en el estudio.

El tema de conversación me agota... estoy agotado, o sea no estoy agotado ahora, pero tener que resolver problemas con la palabra es agotador [...] O sea explicaciones por todo. Entonces... quizás, tiendo a pensar, yo antes hacía cosas para solucionar problemas, en esta cosa, en esta dinámica, en esta relación... de... con mi pareja tengo que inevitablemente hablar, agachar el moño, decir “Ya, OK, vamos a conversar, si no sé qué, ya, hablemos no sé qué” y tengo la sensación de que siempre me voy a, voy a perder algo. (Hombre, GF4, NSE Medio).

3. DESIGUALDAD Y CONFLICTOS

Los resultados muestran que las experiencias de desigualdad y –en un sentido más amplio– la experiencia de diferencia al interior de la pareja, resultó conflictiva para los y las participantes. En este sentido, fue posible observar el despliegue de una serie de tácticas para abordar las desigualdades (Besoain et al., 2017; Rihm, Sharim, Barrientos, Araya y Larraín, en prensa). Estas tácticas, en sus distintas formas, comparten un objetivo: evitar los conflictos reduciendo al mínimo las desigualdades, pero también eludiendo las diferencias.

Una primera línea de tácticas, busca alcanzar tal objetivo mediante el logro de acuerdos, que se constituyen en una forma de normatividad (Besoain et al., 2017). En este contexto, la comunicación clara de las propias necesidades y expectativas juega un rol fundamental en los relatos de los participantes.

Entramos en la guerra de gallitos, quién gana, quién no gana, ahora ya no. Antes ponte, podía yo enojarme y estar una semana enojada y no hablarnos, no sé, ignorarnos, no pasa nada en la casa. Ahora no, porque llegamos a acuerdo, porque podemos dormir juntos y solucionar nuestros problemas, bien, con una conversación de por medio. (Mujer, GF7, NSE Medio).

Tal como expresa la viñeta, los acuerdos son la alternativa privilegiada para intentar solucionar los conflictos; sin embargo, también muestra que en ocasiones la modalidad elegida es diametralmente opuesta: las personas se retiran, se repliegan sobre sí mismas ignorando al otro, entendiendo que la comunicación es también ocasión de poner en evidencia las diferencias y desigualdades, lo que resulta riesgoso y atemorizante.

Con mi ex, con la mamá de mi hija, yo era súper... pa' adentro yo no hablaba ni una hueá... nada, yo no hablaba nada. Entonces... trataba de, estar siempre ocupado, buscaba actividades [...] Yo buscaba estar ocupado, hasta que caché eso y ¿por qué hueón? porque ella me dice: "¿por qué te está llenando de cosas? y nosotros, ¿cuándo, podemos vernos, tú crees?" Y ahí caché [...] Y ahí caché, que en realidad por alguna razón pasa esto, y debo confesar que no tuve la habilidad para, para... ver qué realmente pasaba y tratar que a partir de ahí o mantener o, o, motivar la relación, si no que... tuve la excusa perfecta para... pa' terminarla... me cuesta un poco cómo tratar los problemas o las dificultades en la pareja. (Hombre, GF12, NSE Medio).

Los resultados muestran que un grupo importante de participantes asocia la experiencia de diferencia a conflictos y que –a su vez– significan los conflictos como una amenaza a la continuidad de la pareja, por lo que evitarlos se vuelve fundamental para proteger la relación. Paradojalmente, sin embargo, la evitación de los conflictos se traduce en un empobrecimiento de la intimidad al interior de la pareja que –eventualmente– también amenaza su continuidad, en la medida que la relación no logra constituirse como un espacio que acoja –e historice– los momentos de quiebre y reparación.

En definitiva, los resultados evidencian el temor que un grupo significativo de participantes mostró en relación con aquellas situaciones que pudieran visibilizar las diferencias y desigualdades al interior de las relaciones

de pareja. Sin embargo, también mostraron las diferentes formas en que la desigualdad sigue permeando los modos de relación, aunque sea de forma no explícita. En este sentido, los resultados resuenan con los planteamientos de Gerson (2007) respecto a que “el foco en la equidad es a menudo una defensa culturalmente codificada en contra de una deprivación profundamente sentida, el miedo a la anulación personal y a la toma de riesgos emocionales” (p. 248). Así, desde su perspectiva, cuando las parejas hablan lo que denomina “el lenguaje de la justicia” estarían dando cuenta del temor que supone la intimidad como posibilidad de perderse en el otro. Los participantes expresaron abiertamente que las experiencias pasadas de fracaso, de haber “transado” más de la cuenta, habían tenido un impacto negativo en sus vivencias de sí mismos y que, por lo tanto, ahora enfrentaban las relaciones de pareja con mayor cautela.

Así, se configura un escenario complejo en que las personas anhelan el contacto, la experiencia de poder refugiarse en otro, de ser reconocidas y estar tranquilas y –por otra– temen perder –y perderse– en el otro, quedando puestas en un lugar de objeto satisfactor de necesidades. Así, entre hombres y mujeres es posible observar cómo el temor a establecer relaciones desiguales de género –como en el pasado– puede traducirse en un repliegue hacia sí mismos, en desmedro de la posibilidad de establecer una relación de intimidad con un otro diferente.

CONCLUSIONES

Pese a las numerosas transformaciones sociales y culturales recientes respecto al género, los resultados de esta investigación muestran que éstas no se han instalado de manera completa, ni a nivel de los discursos sociales ni a nivel de la experiencia subjetiva, generando nuevas tensiones respecto de lo que implica ser hombre o mujer en la actualidad.

Una de estas tensiones refiere a la diversidad de significaciones respecto al género y a la ausencia de marcos de referencia más claros y compartidos. Los participantes valoraron positivamente los mayores espacios de autonomía y autodefinición, pero simultáneamente mostraron cierta añoranza por un pasado en que los modelos existentes –aunque rígidos y desiguales– aportaban claridad, orden y seguridad. Los participantes dieron cuenta que las relaciones de género son vividas como un espacio de reflexividad respecto a la propia identidad y que –por lo mismo– las formas en que se desarrollen conlleva el riesgo de perderse, tanto como la posibilidad de encontrarse. Así, las relaciones de pareja se viven cargadas de intensidad y expectativas.

Por otra parte, los resultados evidencian el carácter relacional del género. En este sentido, resulta fundamental incluir a hombres y mujeres al pensar en políticas públicas respecto al tema. Sin duda, es fundamental promover políticas públicas que contribuyan a cerrar las múltiples brechas entre hombres y mujeres existentes a través de la vida –ocupacionales, salariales, de reconocimiento del trabajo doméstico y de cuidado de los hijos, a nivel del sistema de pensiones, entre otras– pero también es importante promover espacios de diálogo sobre género a nivel social.

La posibilidad de abrir diálogos, resulta particularmente relevante dada la tendencia a la evitación del conflicto que muestran los resultados y que coincide con los resultados de la Primera Encuesta Nacional sobre Conflicto y Cohesión Social desarrollada por el Centro

de Estudios de Conflicto y Cohesión Social [COES]. Estos resultados indicaron que el 53.9% de las personas encuestadas, considera que debe evitarse el conflicto, mientras que el 46.1% considera que se debiera visibilizar. Los resultados de este estudio permiten pensar que tal evitación estaría al servicio de enmascarar la existencia de desacuerdo, por ejemplo, respecto a la aspiración del logro de la igualdad de género.

Por su parte, en la medida que los desacuerdos quedan implícitos, se vuelve más difícil entenderlos e intervenir sobre ellos de un modo que efectivamente tenga el impacto deseado. Así también, los episodios de violencia de género pueden comprenderse como intentos de resistir a los cambios y restituir un orden de dominación tradicional (PNUD, 2010) cuya fragilización resulta atemorizante para algunos. Como ha planteado Puget (2005) “la violencia se instala como único medio para resolver la angustia y la presencia del otro en tanto diferente” (p.4), es decir, la otredad se volvería tan amenazante para la propia identidad que la única solución percibida para manejarla sería intentar anularla, destruirla, arrasarla. Dado que la experiencia de pérdida de un lugar claro y reconocido fue evidente y conflictivo en los participantes de este estudio, resulta evidente la necesidad de políticas públicas de género destinadas también a los hombres, que permitan poner en evidencia que las formas en que la desigualdad de derechos también tiene efectos nocivos sobre ellos, en la medida que limita y rigidiza sus posiciones, dificultando que puedan experienciarse y representarse a sí mismos de forma más amplia y variada (PNUD, 2010).

Por otra parte, parece relevante desarrollar políticas públicas a nivel de los medios de comunicación de masas que promuevan el establecimiento de distinciones entre diferencia, desigualdad y conflicto. La Encuesta COES mostró que la mayoría de las personas le atribuyen un significado negativo a los conflictos, consideran que alguien saldrá perjudicado y sienten temor a entrar

en una confrontación. Esto es relevante dada la equiparación observada entre los participantes respecto a diferencia, desigualdad y conflicto, que se traduce en temor a perder tanto entre hombres como mujeres. Sin embargo, resulta poco plausible pensar que –como sociedad– podamos abrazar genuinamente diversidad de modelos en relación con el género y la multiplicidad de formas de ser –y hacer– pareja si, paralelamente, nos esforzamos por anular la experiencia de diferencia. Se abre así el desafío de poder instalar políticas públicas que reconozcan, promuevan y refuercen la igualdad de derechos y dignidad de mujeres y hombres, sin que eso implique cerrar la posibilidad de sostener la idea de diferencia en tanto reconocimiento de la otredad. De este modo, resulta relevante considerar las distinciones entre equidad e igualdad al momento de pensar en las relaciones de género (Carmona, 2017).

Así, los resultados de esta investigación relevan la necesidad de reflexionar respecto a cómo conceptualizar la diferencia de un modo que no necesariamente esté asociada a jerarquías y formas de dominación, así como también, la importancia de considerar las dinámicas de género desde una perspectiva que reconozca su complejidad. Como se muestra en el estudio aquí presentado, las dinámicas de género se encarnan y son significadas en una variedad de formas al interior de las relaciones de pareja, por lo que resulta relevante considerar tal variabilidad al momento de orientar las políticas públicas. Los datos indican, por ejemplo, que los jóvenes tienden a tener aproximaciones distintas al tema que los adultos (Besoain et al, 2017) y que la clase también marca diferencias (Araujo y Martucelli, 2012; Benavente y Vergara, 2006; PNUD, 2010). En este sentido, es importante investigar para poder identificar con mayor precisión los perfiles actitudinales, de modo que las intervenciones efectivamente logren los objetivos deseados.

REFERENCIAS

- » Araujo, K. (2005). Vida cotidiana y transformaciones de género: la esfera doméstica. *Revista de La Academia*, 10, 77–117.
- » Araujo, K. y Martucelli, D. (2012). El difícil espacio de la pareja. En *Desafíos comunes. Retrato de la sociedad chilena y sus individuos*. Tomo II. Santiago: LOM.
- » Benavente, MC & Vergara, C (2006). *Sexualidad en hombres y mujeres. Diversidad de miradas*. Santiago de Chile: FLACSO.
- » Bertaux, D. (1999). El enfoque biográfico: su validez metodológica, sus potencialidades. *Proposiciones*, 29, 1–23.
- » Besoain, C., Sharim, D., Carmona, M., Bravo, D. y Barrientos, J. (2017). Sin conflicto y sin deseo: las tensiones de la individualización en la experiencia de pareja de jóvenes chilenos. *Revista CES Psicología*, 10(1) 109-128.
- » Butler, J. (2007). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona: Paidós.
- » Carmona, M. (2017). La caída del erotismo y de la seducción en tiempos de reconocimiento. Presentación en Coloquio de Gestualidades Políticas: Lo que queda del erotismo. La agonía de lo erótico y lo seductor en tiempos de rendimiento.
- » Comunidad Mujer. (2016). Informe GET. Género, educación y trabajo: La brecha persistente. Primer estudio sobre la desigualdad de género en el ciclo de vida. Una revisión de los últimos 25 años.
- » Guevara, E. (2005). Intimidad y modernidad. Precisiones conceptuales y su pertinencia para el caso de México. *Estudios Sociológicos*, 23(69) 857–877.
- » Guevara, E. (2007). Intimidad. Los vínculos amorosos y los desafíos de la modernidad. En Zabludovsky, G (ed.) *Sociología y cambio conceptual* (pp. 248–290). México, D.F: Siglo XXI Editores.
- » Güell, P., Peters, T. & Morales, R. (2012). Individuación y consumismo cultural: las afinidades electivas. En Güell, P. & Peters, T. (eds) *La trama social de las prácticas culturales*. Sociedad y subjetividad en el consume cultural de los chilenos (pp. 22-49). Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- » Harris, A. (2005). *Gender as soft assembly*. New York: Routledge.
- » Honneth, A. (1997). *La lucha por el reconocimiento. Por una gramática moral de los conflictos sociales*. Barcelona: Crítica.
- » INE (2016). ENUT. Encuesta nacional sobre uso del tiempo. Disponible en: <http://www.ine.cl/estadisticas/menu-sociales/enut>
- » Martucelli, D. (2010). La individuación como macrosociología de la sociedad singularista. *Persona y Sociedad*, XXIV(3) 9-29.
- » PNUD (2002). *Desarrollo humano en Chile. Vol. 2. Nosotros los chilenos: un desafío cultural*. Santiago: LOM Ediciones.
- » PNUD. (2010). *Desarrollo Humano en Chile. Género: los desafíos de la igualdad 2010*. Disponible en http://www.cl.undp.org/content/chile/es/home/library/human_development/publication_2.html
- » PNUD (2015). *Desarrollo humano en Chile. Los tiempos de la politización*. Santiago: Ograma Impresiones.
- » PNUD (2017). *Desiguales. Orígenes, cambios y desafíos de la brecha social en Chile*. Disponible: https://static1.squarespace.com/static/591a16f0b3db2b9357e5d065/t/59409c791b631bb2a4958ff5/1497406604939/Desiguales_final.pdf
- » Puget, J. (2005). Violencias en pareja y familia: función testimonio, estado de amenaza, crueldad. *Revista Actualidad Psicológica: violencia en pareja y familia*, Año IV, 33, pp. 2-6.
- » Rihm, A., Sharim, D., Barrientos, J., Araya, C. y Larraín, M. (en prensa). *Experiencias Subjetivas de Intimidad en Pareja: un Dilema social contemporáneo*.
- » SERNAM (2002). *Tiempo libre y reparto de responsabilidades familiares. Estudio sobre la distribución de responsabilidades familiares y*

tiempo libre en parejas del área Metropolitana.

- » Sharim, D. (2005). La identidad de género en tiempos de Cambio: Una aproximación desde los relatos de vida. *Psykhé*, 14(2), 19–32. <http://doi.org/10.4067/S0718-22282005000200002>
- » Sharim, D., Araya, C., Carmona, M. y Riquelme, P. (2011). Relatos de historias de pareja en el Chile actual: la intimidad como un monólogo colectivo. *Psicología em Estudo*, 16(3) 347-358
- » Valdés, T., Gysling, J. & M.C Benavente (1999). El poder en la pareja, sexualidad y la reproducción. *Mujeres de Santiago*. Santiago: FLACSO.
- » Valsiner, J. (2009). Integrating Psychology within the Globalizing World: A Requiem to the Post-Modernist Experiment with Wissenschaft. *Integrative Psychological & Behavioral Science*, 43(1), 1-21. Doi: 10.1007/s12124-009-9087-x
- » Yopo, M. (2013). Individualización en Chile: Individuo y sociedad en las transformaciones culturales recientes. *Psicoperspectivas*, 12(2), 4–15. Doi:10.5027/PSICOPERSPECTIVAS-VOL13-ISSUE2-FULLTEXT-254

La división sexual del trabajo y su protagonismo en la desigualdad de género

*Jessica González Mahan
Directora de Proyectos
ComunidadMujer*

Las transformaciones y los distintos adelantos en las normativas para el avance de los derechos de las mujeres, no significan, necesariamente, igualdad de género. La desigualdad que afecta a las mujeres es de carácter histórico y persistente en el tiempo, y se produce solo por ser mujer.

Es así, que el reparto de tareas según el sexo de pertenencia responde a la división sexual del trabajo presente hasta nuestros días, cumpliendo un importante papel en el desarrollo económico. De este modo, la fuerza de trabajo femenina continúa sustentando y subsidiando la fuerza laboral masculina. En un día cualquiera las mujeres dedican casi 6 horas a labores de trabajo no remunerado, lo que equivale a 3 horas más que las destinadas por los hombres (casi 3 horas) (INE, 2016). Esta brecha también está presente en aquellas mujeres que están insertas en el mercado laboral, quienes deben asumir una doble y hasta triple jornada, compatibilizando el trabajo remunerado y el no remunerado. Sobre esto, solo una de cada 10 parejas, en que ambos están insertos en el mercado laboral, distribuyen equitativamente los quehaceres del hogar y cuidado (ComunidadMujer, 2017). Es decir, el ordenamiento de género permanece intacto.

El camino recorrido para la autonomía de las mujeres transita en momentos en que es cuestionado el mandato social implícito de la norma de género. Sin embargo, lleva consigo las cicatrices de la subordinación, como una marca que permanece en la subjetividad de las mujeres, registro que, también, impacta a la subjetividad de los hombres y la resistencia de éstos ante la pérdida de los privilegios.

Si bien, como sociedad hemos avanzado en la promoción de las mujeres en el espacio público y su participación en el mercado laboral, la respuesta no ha sido la misma cuando se refiere a una distribución equitativa en la esfera de lo privado. Aquí, es necesaria la problematización de la masculinidad hegemónica como uno de los principios fundantes del orden de género.

En ese sentido, se instala un nuevo desafío para las políticas sociales y los programas de intervención. Es necesario superar el binarismo de género, impulsando acciones que visibilicen e incentiven el protagonismo de los hombres en el cuidado y en el quehacer de lo doméstico; es decir, naturalizar la participación masculina en el mundo de lo privado y, junto con ello, cuestionar la exclusiva responsabilidad de las mujeres en estas labores, que sigue siendo una de las grandes deudas para el logro de la igualdad entre los géneros.

Esta desigualdad es la base de múltiples desigualdades, pues involucra un impedimento para el real empoderamiento de las mujeres y su proyección en el espacio público, y a su vez, impacta negativamente en el bienestar personal, familiar y social.

Investigadoras de esta edición



Dariela Sharim

COES - PUC

Investigadora Asociada de la línea Interacciones Grupales e Individuales de COES y Profesora Asociada de la Escuela de Psicología de la Pontificia Universidad Católica de Chile (PUC). Doctor en Ciencias Psicológicas y Master en Psicología de la Université Catholique de Louvain, Louvain-la-Neuve, Bélgica. Es coordinadora del Laboratorio Interdisciplinario de Subjetividad y Cambio Social de la PUC y de la Universidad Alberto Hurtado y Directora del Magíster en Psicoterapia Psicoanalítica Intersubjetiva. En sus temas de investigación, destaca: roles de género; vínculos de pareja; amor e intimidad en Chile; conflictos intrafamiliares.



Andrea Rihm

COES - PUC

Psicóloga de la Universidad Católica de Chile, Magíster en Arte Terapia de la Universidad de Nueva York (NYU) y Doctora en Psicología de la Universidad Católica de Chile. Actualmente es investigadora del Laboratorio Interdisciplinario de Investigación en Subjetividad y Cambio Social y docente del Magíster de Arte Terapia de la Universidad del Desarrollo. Sus temas de interés son: identidad, migración, investigación cualitativa, investigación a través del arte.



Centro de Estudios de Conflicto y Cohesión Social

Este documento se desarrolló a partir del Proyecto FONDECYT N°1130860 “Los vínculos de pareja en el Chile de hoy: amor, sexualidad e intimidad” que se llevó a cabo entre los años 2013 y 2016 y del proyecto Proyecto MiniCOES “El lugar del conflicto en la experiencia de pareja de jóvenes chilenos” desarrollado durante el año 2014. Estos resultados se presentaron en el marco del ciclo de Conversatorios COES-Colunga 2017, llevado a cabo en Fundación Colunga. Este ciclo es un espacio de discusión entre investigadores de COES y organizaciones de la sociedad civil, que busca relevar y discutir sobre diversas problemáticas en torno al conflicto y la cohesión social en Chile.

Citar este documento como:

Sharim, D. & Rihm, A. (2017). Desigualdades de género: el conflicto en las relaciones de intimidad. (Nota COES de Política Pública N°7, agosto) ISSN: 0719-8795. Santiago, Chile: COES. Recuperado de: <http://www.coes.cl/>

Notas COES de política pública

Nº 7 / Agosto 2017

ISSN: 0719-8795



Centro de Estudios de Conflicto y Cohesión Social

El Centro de Estudios de Conflicto y Cohesión Social (COES) desarrolla investigación colaborativa en temas relacionados al conflicto social y la cohesión (convivencia) en Chile, por medio de un equipo multidisciplinario proveniente de las ciencias sociales y humanidades. COES centra sus actividades académicas y de difusión en el análisis de las múltiples manifestaciones del conflicto social en Chile, sus causas así como también su contexto cultural e histórico. El Centro está patrocinado por la Universidad de Chile y la Pontificia Universidad Católica de Chile, y como instituciones asociadas se encuentran la Universidad Diego Portales y la Universidad Adolfo Ibáñez. COES cuenta con el financiamiento del programa FONDAP de CONICYT.



Centro de Estudios de Conflicto y Cohesión Social

www.coes.cl
comunicaciones@coes.cl

Diagonal Paraguay 257, Torre 26,
Oficina 1504, Santiago - RM.
Teléfono: + 562 2977 2232



UNIVERSIDAD
DE CHILE



PONTIFICIA
UNIVERSIDAD
CATÓLICA
DE CHILE



udp UNIVERSIDAD
DIEGO PORTALES



UAI
UNIVERSIDAD ADOLFO IBÁÑEZ